Sobre Luciano y una triste Partida

Articulo publicado: 2009-10-07 10:40:11 |

"Al Alba...venceremos"

Lo van a extrañar en su Módena natal, en toda Italia, y en todo el mundo. Su voz, permanecerá en registros tan diversos que exceden ampliamente al mundo de la ópera tradicional. Su capacidad de comunicación musical lo llevó a recorrer todo el mundo, y ganarse el aplauso de todas las edades. El gran Luciano dejó de vivir a los 71 años. Estoy agradecido, por haber vivido en la época donde vivió la voz más imponente que la historia tenga registrada.

Politólogo Ernesto Nieto

Pavarotti vivió como cantó, y cantó como vivió, intensamente, sofisticadamente, generosamente, artísticamente, genialmente. Fue el más tradicional de los tenores durante buena parte de su vida, se formó en la escuela clásica, desde los veinte años dio clases de canto y un poco después comenzó su carrera profesional en la opera italiana. En sus años jóvenes realizó una cantidad importante de giras que comenzaron a proyectarlo como una figura importante en el mundo de la ópera. También realizó una cantidad importante de grabaciones, lo que lo hizo recorrer varios de los estudios más importantes del mundo, sobre todo en Estados Unidos y Europa.

Pero Pavarotti un día, y por diversos motivos que expresó en casi tantas entrevistas como grabaciones, decidió romper con los esquemas de la música clásica y de la ópera. Abandonó el plácido refugio de la música como la había estudiado y aprendido. Ese día, Pavarotti comenzó a ser Luciano.

Los conciertos con otros tenores en ceremonias tan populares como los mundiales de fútbol, son solo la punta del Iceberg. Luciano se divirtió humanamente cantando con Carreras y Domingo, llegando a tonos inalcanzables para sus compañeros de escenario, lo que ha provocado una de las grabaciones más deliciosamente divertidas que tengamos de tres tenores cantando simultáneamente.

Pero Luciano se encargó de hacer que todo el ceremonial y protocolo de la música clásica tuviera una mirada diferente sobre generaciones enteras. Luciano se hizo amigo de los rockeros, sí, de los mal vestidos, peor hablados y musicalmente tan distantes rockeros. Como

no le alcanzó con haber cantado con personajes tan diferentes como Sting, Bono, Rod Stewart. Madonna, Bryan Adams o los Rolling Stones, después decidió que el “mundo latino” tampoco le era ajeno. Pasaron por su compañía Ricky Martin, Celia Cruz, y hasta Julio Iglesias, entre otros.

Pero el gran Luciano, no solo cantaba con estos personajes de la música popular, sino que cantaba las canciones que cantan esos personajes. Así el gran tenor cantó y grabó canciones populares de casi todos los géneros. Y en medio de esos multitudinarios recitales Luciano incorporaba algunas áreas de las óperas más famosas de la opera tradicional, incluso algunas veces acompañado por estos cantantes. El resultado fue aberrante para los críticos más conservadores, pero fue increíble para las masas: nunca tanta gente había escuchado tanta ópera en su vida.

En un comienzo hasta lo catalogaron de “traidor” y más de una revista de esas que se editan en el primer mundo y que se dedican exclusivamente al mundo de la música “culta” se desgarró la vestiduras por haber “perdido” al hijo pródigo. Pero Luciano no solo no se detuvo, sino que ingeniosamente encontró la forma de seguir impulsando la Opera por fuera del ámbito reducido y tradicional de los teatros, a partir de la década de los noventa impulsó toda una serie de conciertos y grabaciones por las más diversas causas. La más importante de todas fue su campaña por los niños de Sarajevo, donde Luciano convocó a “sus amigos” rockeros de todo el mundo y realizó un megarecital con sus respectivas grabaciones y merchandaising. El resultado millonario fue enteramente donado a la causa.

Luciano era el terror de los ingenieros de sonido y de los sonidistas en estos recitales. Su voz, (tan potente que en un recital con Bono este le pidió “por favor Luciano, canta más despacio” lo que provocó la hilaridad del tenor que lejos de descender aumentó el volumen y registro de la voz) saturaba los micrófonos distorsionando la calidad de la amplificación, para eso no tuvieron más remedio que darle órdenes estrictas: Luciano nunca se acercaba a más de 25 centímetros de los micrófonos. Por eso siempre lo vemos en las grabaciones de sus recitales cuidándose de mantener cierta distancia del micrófono.

Pero si lo que le dio su popularidad fue su apertura hacia otras formas musicales populares, ello no significó una “ruptura” con sus orígenes clásicos. Luciano mantiene una fundación que recluta las voces más talentosas de todo el mundo, y las beca para estudiar con los mejores profesores. Por allí han pasado incluso algunos uruguayos.

Sin embargo su recuerdo de Uruguay no puede haber sido más desdichado. Cuando en la década de los noventa vino a dar un recital en el Estadio Centenario, la sobreventa de entradas produjo que más de un centenar de personas quedara afuera y que cuando el tenor estaba en pleno recital comenzaran a gritar en italiano “ladri” lo que fue escuchado por Luciano, y al pensar que los insultos eran hacia él interrumpió una de sus piezas al grito de “cretini”. Cuando llegó el intermedio previsto la demora fue de más de cuarenta minutos. Luego se supo que el propio Presidente de la República (Sanguinetti), y el Intendente de Montevideo (Arana), lo habrían convencido de continuar explicándole la situación.

Cantó como vivió, y vivió como cantó. Se caso, tuvo hijos, se separó y volvió a casar con una mujer más de treinta años menor que él. Era un exquisito de la comida, que con sus más de 150 quilos, que llegaron a ser más de 170, llevaba su propio Chef cuando sospechaba que los hoteles no podrían satisfacer sus preferencias. Fue un hombre rico, pero nunca dudó en donar, hacer donar a otros, y trabajar por las causas que entendió como nobles. Como todos los genios, tuvo muchas más luces que sombras.

Ahora que ya no está, el mundo entero lo va a extrañar. Los teatros del mundo extrañaran sus áreas, los estadios sus megarecitales, los jóvenes talentos extrañarán a un referente, a una guía exquisita. Los simples mortales lamentaremos su ausencia, regocijándonos con las cientos de grabaciones que nos ha dejado.